

con serena calma los juicios temerarios y absolutos que pronunciaron sus contemporáneos en orden á su carácter, ha llegado. Por eso, al escribir en sus páginas para enseñanza saludable de las almas apasionadas y audaces la relacion de los grandes y muchos extravíos de lord Chatham, consignará tambien que de cuantos personajes célebres yacen bajo las baldosas de Westminster á su alrededor, no hay ninguno, tal vez, cuyo nombre pueda pasar á la posteridad más puro, ni más ilustre tampoco y glorioso.

## MIRABEAU.

---

Los demócratas, que habian tomado la costumbre de considerar á Mr. Dumont como de los suyos, debieron quedar confusos y no nada satisfechos sabiendo que trataba con muy poco respeto de la Revolucion francesa y de sus autores en sus *Souvenirs sur Mirabeau*, (1) y á su vez los de opiniones con-

(1) Dumont fué amigo de Mirabeau, y en su excesiva modestia no hizo alarde nunca de lo mucho que le debió el renombrado tribuno en el apogeo de su gloria, y cuando él era, por decirlo así, su colaborador. Pero si en los principios de su vida, pudiendo brillar por su talento, prefirió ser útil que ilustre, al fin de su carrera, bajo las modestas apariencias de traductor y vulgarizador de Bentham, contribuyó más á la gloria del filósofo inglés, trasformando y embelleciendo sus obras á pretexto de verterlas á la lengua francesa, que no el mismo autor original, aun cuando éste merezca ciertamente por la extension y profundidad de su saber ocupar, como dice un renombrado publicista, puesto de preferencia en la historia junto á Locke y Galileo, por haber hecho la luz en el caos de la jurisprudencia.

La obra de Mr. Dumont, que ha servido de pretexto á lord Macaulay para escribir el Ensayo que ahora publicamos, se titula *Souvenirs sur Mirabeau et sur les deux premieres assemblées législatives*, y se publicó en Paris el año 1832, despues de su muerte.—N. del T.

trarias hubieron de mostrarse complacidos viendo confirmadas sus doctrinas hasta cierto punto con las palabras mismas de un testigo á quien no podía tacharse de parcialidad. En nuestro concepto, la fecha de la obra lo explica todo; porque si se hubiera escrito diez años ántes, al despuntar de los primeros albores de Revolucion, ó veinte más tarde, cuando fueron notorios y evidentes á todos, aún á sus mayores adversarios, sus beneficios prácticos, y no en aquellos tristísimos momentos en los cuales cedió el entusiasmo sin que se tocaran las sólidas ventajas de la obra realizada, sería muy distinta de como es. El libro á que nos referimos trae la fecha de 1799, de funestos augurios acerca de los resultados de la empresa ejecutada por la Asamblea Nacional aún para los más optimistas. Y en verdad que los males y daños que forman el séquito de los grandes cambios y revoluciones se habian hecho sentir de una manera cruel y dolorosa en toda la redondez de la Francia, la cual habia pagado muy caras sus conquistas; pero no gozaba de lo adquirido á tanta costa. La Europa rebosaba de franceses emigrados; las flotas y los ejércitos de la segunda coalicion vencian en todas partes, y si el aborrecido imperio del Terror habia cesado, el tan amable de la ley no lograba implantarse. Cierto es que hubo durante tres ó cuatro años una Constitucion escrita, en la cual se definian derechos y asentaban garantías; pero no lo es ménos que así se violaron aquéllos como se hallaron éstas insuficientes; que las leyes promulgadas para deslindar los poderes ejecutivo y legislativo, la libertad de discusion oral y escrita, y la individual de los ciudadanos eran letra muerta, y los golpes de Estado, base del sistema, como que unas

veces se veian los consejos legislativos sometidos de los directores á la presion de las bayonetas, y otras los directores destituidos por los consejos legislativos; que el poder ejecutivo daba de lado al principio de la eleccion, y que publicistas y oradores salian deportados á cargamentos la vuelta de la Guyana para morir allí de la fiebre, hallándose la Francia en el estado en que las revoluciones consumadas por medio de la fuerza postran á los pueblos casi siempre. Los hábitos de obediencia se habian perdido, y ni lo pasado ni lo presente merecia respeto en el órden político; las relaciones tradicionales de los ciudadanos, en cuya virtud se mantienen más eficazmente la influencia, el prestigio y autoridad de los magistrados que no con razones y argumentos en pro del órden social y de los intereses materiales, perdidas estaban y borradas, y el poder del gobierno residia íntegro, no en la fuerza moral, que no tenia en modo alguno, sino en la material de que disponia. Ni tampoco el gobierno era otra cosa sino producto de recientes convulsiones, ni se apoyaba en otro fundamento que no fuera el de que las insurrecciones pueden justificarse, demostrando con el hecho mismo de su existencia que las insurrecciones podian triunfar. El pueblo, á su vez, estaba familiarizado desde hacia muchos años á resistir por el más frívolo pretexto á las autoridades constituidas y á verlas tambien ceder á la resistencia, pudiendo decirse, para condensar en pocas palabras aquel modo de ser de la Francia entónces, que en el órden político nada tenia forma ni cuerpo, ni era más que una manera de torbellino incesante de átomos contrarios que formaban á cada momento combinaciones nuevas. Y como el único ciudadano que fuera capaz por sí de organizar con

arreglo á un plan fijo, duradero y exacto los revueltos elementos de la sociedad, perseguía ideales extravagantes de gloria y dominación al través de los desiertos de la Siria, y los tiempos de que «la confusión oyera su voz y el tumulto desordenado hiciese alto, vencido» no habían llegado todavía; tiempos en los cuales debieran salir del caos de la disuelta sociedad antigua, nueva dinastía, nueva nobleza, nueva Iglesia y Código nuevo, muchos de los hombres mejor dispuestos en favor de la libertad repetían entónces las postreras palabras de madame Roland: «¡Oh libertad, cuántos crímenes se perpetraron en tu nombre!»

En uno de sus admirables folletos ha definido Mr. Guizot con mucha exactitud á Mr. Lainé como buen liberal, pero hastiado de la Revolución; y del propio modo en la época en que Mr. Dumont escribía sus Memorias, podían definirse y clasificarse casi todos los liberales honrados de la Europa y á él con ellos; que á la fanática preocupación de los años pasados, cuando todos adoraban las bondades, virtudes y excelencias del pueblo juntamente con su sabiduría y su cordura y su discreción, había sucedido la de que sus locuras y vicios harían inútiles cuantos esfuerzos se intentaran en lo porvenir. Los arranques entusiastas que acogieron con increíble vehemencia la toma de la Bastilla ya no parecían, y en lugar suyo veíanse no más que abatimiento, tristeza y lúgubres pronósticos. Había pasado la época de los filósofos y de los filántropos, y las gentes se preguntaban cuyo era el éxito de sus predicaciones, sin hallar respuesta satisfactoria, porque si la filosofía trajo en pos de sí farsas más absurdas y ridículas que las prácticas de la superstición, la filantropía provocó crímenes tan horribles como la

Saint-Barthelemy, reduciéndose á esto la pretensa emancipación del humano espíritu y el fruto de la victoria tan famosa conseguida por la razón sobre las preocupaciones; y como la Francia rechazó la fe de Pascal y Descartes á título de cuento para niños, y aceptó el culto de una cortesana y el sacerdocio de un loco; y como se alzó contra Luis XVI reclamando su libertad y se prosternó delante de Robespierre, por espacio de algún tiempo creyeron los hombres que la tan decantada sabiduría del siglo XVIII no era sino vanidad y quiméricas fantasías, y que las grandes y lisonjeras esperanzas de mejoramiento político y social, prometidas por Voltaire y Condorcet, eran de todo punto falsas y engañosas.

Bajo estas influencias escribió Mr. Dumont, llegando á decir que los discursos de Mr. Burke sobre la Revolución francesa, á pesar de las exageraciones en que incurre y de las doctrinas subversivas de toda libertad que los inspira, quedaron plenamente confirmados con el suceso y fueron eficaces á salvar tal vez la Europa de inmensos desastres. Que un amigo y colaborador de Mr. Bentham haya formulado estas opiniones cosa es que preocupa en gran manera el ánimo de los políticos no nada caritativos; en cuanto á nosotros, diremos que las Memorias de Dumont no han logrado persuadirnos de que la Revolución francesa fuera estéril en bienes para la humanidad, sino de que se hace necesario mucha indulgencia para juzgar á los que la consideraban con odio y mala voluntad en los momentos mismos que se realizaba. Pero si podemos indicar en qué consistía su error, y añadir que los males lamentados eran pasajeros y la cosecha de bienes grande y duradera, no afirmaremos cierta-

mente que si hubiéramos nacido en aquel tiempo habríamos podido libertarnos de caer como ellos en tristeza y desaliento igual, no viendo en tan señalada y memorable victoria del pueblo francés sino una serie de locuras y de crímenes.

No puede ménos de llamar la atención el hecho de que unos hombres sean alabados y otros cubiertos de vituperio sin más razón para ello que ser como todos sus contemporáneos, y haberse dejado arrastrar sin resistencia del curso de los sucesos, y adolecer de las pasiones y profesar los principios de la generación á que pertenecían. Los amigos del Gobierno popular hablan generalmente de Mr. Pitt con severidad suma y de Mr. Canning con afecto y respeto, consistiendo á nuestro parecer toda la diferencia que hay entre ambos, en que Mr. Pitt murió en 1806 y Mr. Canning en 1827, pues durante los años que son comunes á la vida pública de ambos, Canning no fué por cierto un político más liberal que Pitt, siendo el caso que Mr. Pitt entró en la vida política á la conclusión de la guerra de América, y cuando la Inglaterra sufría los efectos de vicios y males pasados, y la terminó en medio de las calamidades producidas por la Revolución francesa, y cuando aún se hallaba su patria bajo la influencia terrible del desorden y de la anarquía. También es cierto que habia modificado mucho sus opiniones, porque si en la juventud propuso proyectos de reforma, en la edad madura propuso proyectos de represión; cambio que, deplorable y todo como lo fué, hallamos lógico y natural, y hasta de posible justificación, puesto que se verificó en él y en la gran mayoría de sus compatriotas al propio tiempo. Cuando Mr. Canning entró en la vida pública, la única preocupación de la Europa entera consistía en te-

mer a los Jacobinos, y al terminarla, toda ella se hallaba puesta bajo el yugo de la Santa Alianza. La nación cambió de ideas con esto, y Canning siguió su curso, y así como los amigos de los Jacobinos tornaron al maestro en casi un *tory*, los sucesos posteriores al Congreso de Viena, hicieron del discípulo casi un *whig*. Véase pues, cómo son los hombres hijos de las circunstancias; razón por la cual diremos que si Mr. Dumont hubiera muerto el año 1799, habría pasado de esta vida dejando fama de *conservador*, para servirnos de un vocablo de la nueva jerga política, y que si Mr. Pitt hubiera vivido el año de gracia de 1832, estamos persuadidos de que habria llegado á ser resuelto partidario de la Reforma.

Sólo á beneficio de inventario deben, pues, aceptarse los juicios emitidos por M. Dumont en la obra de que tratamos sobre la Revolución francesa, con tanto más motivo cuanto que son á manera de crítica de un drama cuyo primer acto únicamente se hubiera puesto en escena, ó de un monumento cuyos andamios y empalizadas impidieran apreciar la belleza del conjunto, y que por otra parte abrigamos el convencimiento íntimo de que si hubiera revisado sus Memorias treinta años después de haberlas escrito, habria suprimido no pocas apreciaciones y añadido no pocas restricciones y explicaciones al texto.

No decimos con esto que hubiera retractado las censuras justas, aunque severas, pronunciadas por él en orden á la vanidad y pedantería de la Asamblea Nacional, sino que habria convenido al fin en que, á pesar de sus defectos, y tal vez á causa de ellos mismos, prestó inmensos servicios á la humanidad. Es evidente que la ciencia política se hallaba

entonces muy atrasada todavía en Francia. Ni tampoco era posible otra cosa bajo el régimen de la censura, de los mandatos de prision y de los Parlamentos presididos por el Rey (1): de aquí que ni los electores ni los elegidos supieran su deber, cosas ambas que se propuso remediar en la medida de sus fuerzas M. Dumont, enseñando prácticamente á los de Montreuil cómo debían ejercer el derecho de sufragio, para lo cual los halló en buenas condiciones, y luego, de concierto con Mirabeau, intentando inculcar á la Asamblea Nacional el admirable sistema de la táctica parlamentaria, que de tan antiguo rige las deliberaciones de la Cámara de los Comunes, y que, á pesar de sus defectos, hace de ella el lugar más ocasionado á imparciales deliberaciones de cuantos hay en el mundo. Pero aquellos legisladores, tan ignorantes de la práctica parlamentaria como el populacho de Montreuil del ejercicio electoral, se mostraron menos dóciles en la Asamblea que los otros en las urnas, y se negaron á oír lecciones, alegando que no habían menester de ir á la escuela de los ingleses para saber qué hacerse; á consecuencia de lo cual, sus debates quedaron reducidos á lecturas interminables de malos folletos y discursos, que comenzaban generalmente remontándose á las leyes primitivas del contrato social, ó al hombre en estado salvaje, ó á cualquiera otro absurdo parecido. Estas lecturas se amenizaban de tiempo en tiempo con toda clase de ruidos y tumultos, gritando y gesticulando, y profiriendo dicitos y amenazas, sin que hubiera términos hábiles de restablecer el orden entre los pretensos oradores, como no fuera las voces y ame-

(1) *Lettres de cachet y lits de justice.*—N. del T.

nazas que les lanzaba con perfecta impunidad el público de las tribunas. Hacían alto en los negocios de poco momento, y los trataban y discutían con la mayor solemnidad, mientras acordaban las resoluciones más graves y trascendentales con diligencia extraordinaria; como que perdieron meses enteros en discutir acerca de los términos en que debía redactarse su absurda y pueril declaración de derechos, sobre la cual tenían la pretension de asentar la nueva ley fundamental, sin darse cuenta de que se hallaba en desacuerdo irreconciliable con cada una de sus bases, y que por otra parte abolieron en una sola noche trascendentales privilegios, los más de los cuales, por hallarse identificados con la naturaleza misma de la propiedad, no debieron tocar sino es tomando las más prolijas precauciones. Se denominaron Asamblea Constituyente, y á decir verdad nunca hubo nombre peor aplicado, porque no fueron constituyentes sino demoleedores, y no edificaron nada estable ni que mereciera durar tampoco, ni tuvieron ni podían tener los conocimientos y los hábitos que son tan necesarios para construir esa máquina que se llama gobierno, la más complicada y difícil de todas; y que la inconcebible algarabía metafísica que pusieron en cabeza de su Constitución sirve de tema de burlas y sarcasmos á todos los partidos hace mucho tiempo, y su misma Constitución, la obra que consideraban perfecta en absoluto y declararon inmortal, desapareció en algunos meses, sin dejar huella de su efímera existencia.

En esto precisamente consiste la gloria de la Asamblea Nacional. Eran sus individuos en verdad, como decía Mr. Burke con austero sarcasmo, los más hábiles arquitectos de ruina que hayan existi-

do, y se hallaban incapacitados de realizar obra ninguna que reclamara discernimiento en el proyecto y habilidad en la ejecución; pero la obra urgente y necesaria entónces era destruir y arrasar. Y como los abusos existentes eran tan horribles y se hallaban tan profundamente arraigados, así hubiera servido á remediarlos la más profunda sabiduría y la más consumada prudencia como la temeridad insensata de los llamados constituyentes. Vulgar empresa es demoler, y digna de loa edificar; pero hay momentos en los cuales se construye y otros en que se derriba, del propio modo que el genio de los jefes revolucionarios y el de los legisladores tiene su tiempo y sazón, siendo ley natural y casi universal la de que las insurrecciones y las proscripciones preceden á los buenos gobiernos, en los cuales se asientan la libertad moderada y el orden sin tiranía.

¿Ni cómo podría tampoco ser de otra manera? ¿Acaso aprendemos los hombres á echar el paso cuando estamos en mantillas? ¿Acaso cerrados en la oscuridad llegamos á distinguir los colores? ¿Acaso la tiranía es academia de libertad? El sofisma que generalmente se invoca para defender los malos gobiernos es ni más ni ménos que como sigue, cuando se plantea con claridad, á saber: El pueblo debe quedar en esclavitud, porque la esclavitud ha engendrado en él los vicios propios de los esclavos; si es ignorante, debe continuar sometido al poder que lo hizo así y así lo deja; si es feroz y bárbaro, fuerza será que siga eternamente sujeto al mal gobierno. Si el sistema bajo el cual viven, ó, mejor dicho, gimen estos hombres, fuera tan suave y liberal que pudieran tornarse buenos ó ilustrados merced á su influencia bienhechora, podrían inten-

tarse los cambios con seguridad; mas como el sistema sólo ha sido eficaz á destruir en ellos hasta el gérmen de la moral y á impedir el desarrollo de las inteligencias, como ha tornado en animales feroces ó estultos los hombres que la educación habría civilizado y hecho felices y virtuosos, el sistema debe, por tanto, durar siempre. Dicen que la Revolución de Inglaterra fué verdaderamente grande y gloriosa, porque corrigió graves males y daños sin cometer excesos, ni decretar confiscaciones en masa, ni suspender apénas por corto espacio la natural acción de las leyes, ni coartar en lo más mínimo la completa libertad de discusión del Parlamento, demostrando el pueblo con su actitud tranquila, mesurada y digna de reivindicar y afirmar la libertad que merecía gozar de sus beneficios inapreciables. Por el contrario, es la Revolución francesa el suceso más horrible de que haga mención la historia, y toda ella un compuesto de crímenes y locuras, de absurdos en la teoría y de atrocidades en la práctica. ¡Cuánta demencia en sus leyes! ¡Qué afectación tan grotesca y ridícula en sus ceremonias! ¡Qué fanatismo el suyo! ¡Qué licencia, crueldad y barbarie! Anacarsis Clootz y Marat; las fiestas del Sér Supremo y los casamientos del Loire; los árboles de la libertad y las cabezas puestas en las puntas de las picas forman una manera de farsa infernal, en que lo extremadamente ridículo y lo extremadamente pavoroso van asidos como por la mano prestándose mutuo auxilio. Hé ahí las consecuencias de romper las cadenas de quienes carecen de cordura y de virtudes.

No solamente hombres corrompidos é interesados en defender ciertos abusos han opuesto argumentos idénticos á los planes de reforma política, sino que

algunos de los más famosos por la elevacion y nobleza de sus sentimientos llegaron á sentir tanto desprecio y odio hácia las locuras y crímenes de la Revolucion francesa, que al ser testigos de su triunfo renegaron de las opiniones liberales que ántes profesaban á pesar de la persecucion y de los mayores peligros. Y si preguntamos por la causa que les hizo dudar de los beneficios de la libertad, hallaremos que sus dudas no tuvieron más origen, sino es que los sucesos demostraron de la manera más evidente ser la libertad generadora del orden y de la virtud, y que acabaron de aborrecer la tiranía precisamente porque un memorable y señalado ejemplo puso en claro que tenía más eficacia para producir la inmoralidad y el embrutecimiento en el corazon y la inteligencia humana de la que sospecharon nunca los partidarios celosos del derecho popular; que pueden deducirse argumentos más incontestables contra la derrocada monarquia francesa de los suplicios de los Jacobinos que de la Bastilla y del Parc-aux-Cerfs, siendo constante á nuestro parecer que la violencia de las revoluciones corresponde á la maldad de los gobiernos que las producen.

¿Por qué fué tan sangrienta y destructora la Revolucion francesa? ¿Por qué la Revolucion inglesa de 1641 fué relativamente suave? ¿Por qué lo fué más todavía la segunda de 1688? ¿Por qué la de América, considerada en su historia interna, fué la más suave de todas? La respuesta no es difícil. Bajo Jacobo I y Carlos I estaban los ingleses ménos oprimidos que los franceses de Luis XV y Luis XVI, y ménos todavía bajo la Restauracion que ántes de la Gran rebelion. En cuanto á la América, ménos oprimida se hallaba en tiempo de Jorge III que la misma

Inglaterra de los Estuardos, siendo la reaccion exactamente proporcionada en todo á la presion y el desagravio á la injuria.

Cuando recordaban á Mr. Burke al término de su vida el celo que habia demostrado en favor de los americanos, se defendia del cargo de inconsecuencia invocando el contraste que ofrecia la prudencia y la moderacion de los insurgentes de las Colonias en 1776 con el fanatismo y la crueldad de los Jacobinos de 1792, sin advertir que aducia un argumento *à fortiori* contra sí mismo, porque las circunstancias en las cuales apoyaba su justificacion probaban plenamente que tenía más necesidad de cambio radical el antiguo régimen frances que no el Gobierno de América. En efecto, la diferencia entre Washington y Robespierre; la diferencia entre Franklin y Barrère; la diferencia entre la destruccion de algunas toneladas de té y la confiscacion de algunos miles de leguas cuadradas de terreno; la diferencia entre emplumar á un recaudador de contribuciones y las matanzas de Setiembre, da la diferencia entre la manera de ser del Gobierno de América bajo las leyes de Inglaterra, y la del Gobierno de Francia bajo las leyes de la casa de Borbon.

Luis XVI hizo á su pueblo espontáneamente grandes concesiones, y sin embargo, su pueblo lo envió al cadalso. Carlos X violó las leyes fundamentales del reino, estableció el despotismo y persiguió á los franceses que no se sometian dócilmente á su voluntad, y al fracasar en tan culpada tentativa y quedar á merced de los agraviados en los momentos mismos en que las calles de Paris estaban obstruidas de barricadas y cañones, y los hospitales llenos de muertos y heridos, y mil familias lloraban la pérdida de sus parientes, y cien mil hombres empuña-